



AÑO IV

REVISTA ILUSTRADA SEMANAL PARA NIÑOS. — MADRID

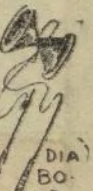
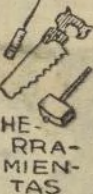
25 febrero 1932.

NUM. 148

GRACIOSÍSIMAS AVENTURAS DE MOSQUITO Y MOSCARDÓN



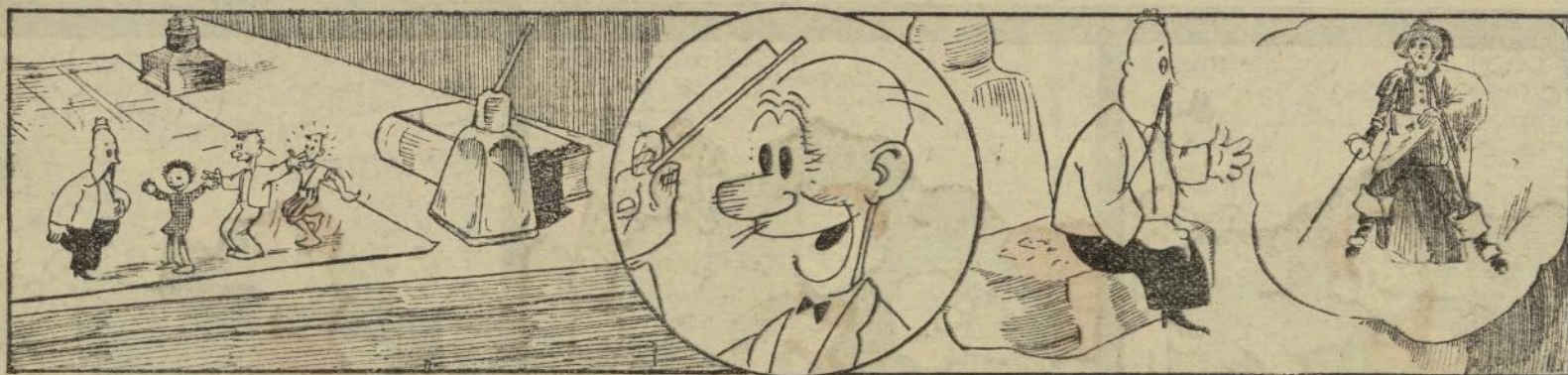
Narraciones Ejemplares



La sala de la redacción quedó vacía; los dibujantes y redactores, concluido el diario trabajo se habían encaminado a sus respectivos domicilios. El ordenanza entró en la sala dispuesto a verificar la limpieza; entonces fué cuando sobre una de las mesas de trabajo observó que el dibujante había dejado unos dibujos sin concluir. Era precisamente los de la página central de la revista. El ordenanza intentó guardarlos en uno de los cajones de la mesa, y viendo que éstos estaban cerrados, de-

sistió de su intento, hizo la limpieza y se marchó. Sobre el tablero quedaron los dibujos olvidados; la sala del periódico quedó a oscuras. ¡Tan! ¡Tan! vibró el reloj en doce campanadas. Entonces las figuras de los dibujos comenzaron a moverse, haciendo esfuerzos por salirse del papel, y al cabo, una airosa figurilla, desprendiéndose de su viñeta, salió a la superficie, dando un suspiro de regocijo. Era Jeromín. Nuestro amigo entonces, inclinándose sobre el papel de barba, cogió de una

mano a don Severo y le sacó fuera, resoplando como una foca. "¡Gracias!"—dijo el simpático don Severo, así que vióse libre. "¡Vamos a despertar a nuestros amigos!"—repuso Jeromín. Y en pocos instantes, Jeromín, Repollo, don Severo y Cascarilla, se encontraban sobre la mesa. "¡Amigos!"—exclamó Jeromín—. Por un olvido del dibujante estamos esta noche en libertad. ¿Qué os parece que hagamos?" "¡Vamos a la cocina y nos comemos los bollos!"—dijo Cascarilla, que ante todo pensaba



en el estómago. "¡Organicemos un baile!"—repuso Repollo, que siempre ha sido muy aficionado a dar vueltas. "¡Si queréis!"—exclamó don Severo—, os puedo contar una bonita historia que vi un día en el "cine", al que me llevó un niño que acababa de comprar nuestra revista." "¡Cuenta! ¡Cuenta!"—gritaron Jeromín, Repollo y Cascarilla, que sabían los conocimientos que atesoraba don Severo desde que un día le hicieran aventurero. Y el simpático gordo, sentándose en el frasco de la goma, em-

pezó así: "Pues señor... Esto era un valiente mancebo que se llamaba Artagnan..." ¡Tan! ¡Tan! ¡Tan! Dieron las tres en el preciso instante que don Severo terminaba su narración. Los oyentes que habían seguido con íntimo deleite la historia contada por don Severo, se apresuraron a felicitarle. Entonces Jeromín, bajándose del tintero en donde se había sentado, dijo así: "Es preciso que nosotros también protejamos a los débiles y amparemos a la justicia." "¡La ampararemos!"—exclama-

ron los otros. "Pues bien—prosiguió Jeromín con su arenga—. Ya que hemos podido escaparnos esta noche, vayamos por el mundo cual nuevos mosqueteros." "¡Bravo! ¡Bravo!", exclamaron los héroes restantes. "¡Yo seré Artagnan!"—repuso Jeromín. "¡Y yo Athos!"—exclamó Repollo. "¡Yo Aramis!"—dijo Cascarilla. "¡Y yo Porthos!"—concluyó don Severo. "¡Nuestro lema será, POR EL BIEN Y LA JUSTICIA!"—exclamó Jeromín. "¡Por el bien y la justicia!"—respondieron como un eco.

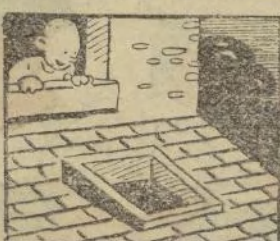


"Pues manos a la obra!"—exclamó Artagnan Jeromín—. Lo primero es armarnos." Athos Repollo cogió un tiralíneas y lo embrazó a manera de lanza. Jeromín arrancó el pincho de un compás y se lo cogió al cinto como una espada. Cascarilla armóse con una plegadera, y el voluminoso Porthos Severo se cargó al hombro un pisapapeles. Pero entonces observaron con dolor que el dibujante no los había concluido. A Cascarilla le faltaba un brazo y don Severo tenía una pernera del pantalón dada de

tinta y la otra en blanco. "¡No hay que apurarse!"—exclamó Jeromín—. Esto no ha de ser obstáculo para nuestra empresa." "¡Por el bien y la justicia!"—rugieron al unísono. Y animados por sus propios pensamientos de gloria, los nuevos mosqueteros, los audaces mosqueteros infantiles, deslizándose por el canalón de la fachada del periódico, se vieron en la calle. Don Severo y Repollo habían adornado sus sombreros con una pluma arrancada del plumero del ordenanza. Se sentían héroes. Dis-

puestos a las mayores empresas y a las más audaces aventuras. Torciendo por Mayor, bajaron al Viaducto, y Segovia abajo llegaron a las tapias de la Casa de Campo. "¡Adelante!"—exclamó Artagnan Jeromín, empujando su espada. "¡Adelante!"—repuso Porthos Severo, haciendo un molinete con su pisapapeles. "¡Por el bien y la justicia!"—exclamaron todos. Y en el aire de la noche el eco vibrante de la promesa, infundió nuevos ánimos a los modernos aventureros del ideal. (Continuará.)

COMO CAZO UNA TORTILLA, JUANITO CON LA MANGUILLA



NO HALLARAS UN AVARIENTO QUE ESTE TRANQUILO Y CONTENTO



CAPITULO IV

La batalla en el desfiladero

Volaba Sharckán caballero en su fiel "Ratul", atormentada su alma por la duda; el brioso corcel, como si comprendiera lo crítico del momento, avanzaba vertiginosamente, salvando en su carrera desenfrenada zanjaz y malezas. De pronto, Sharckán oyó unas voces que le llamaban por su nombre, y en el límite de la alegría vió aparecer al gran visir Daudán y a dos de sus capitanes, que le saludaron con respeto. "Dos días llevamos buscándote—dijo el visir—, pues temíamos te hubiera ocurrido alguna desgracia". Sharckán entonces les refirió su aventura, relatóndoles la traición del rey Afridonio, y con el ánimo cargado de negros pre-



sentimientos, los cuatro cristianos galoparon rápidos hacia su campamento. Y su satisfacción fué grande al comprobar que en el campamento nada había ocurrido aún, solamente que los traidores emisarios habían desaparecido sin dejar rastro. Entonces los jefes celebraron consejo y decidieron regresar a la Ciudad Santa, dando gracias a Dios que les librara de la perfidia de los infieles.

Sharckán, para quien la promesa de Abriza de reunirse con él era su mejor recuerdo, puso el ejército a las órdenes de Daudán, quedándose él rezagado con solamente cien guerreros escogidos. Y con sus cien soldados caminó durante veinte días, sin que Abriza apareciera, y Sharckán, con dolor y pesadumbre infinitos, dió vista a sus fronteras, herida su alma por la amargura de pensar que la hermosa joven se había olvidado de él. Con tan amargos pensamientos se atormentaba, cuando de pronto escuchó sorprendido un grito de guerra lanzado desde lo alto de las montañas. Y con gran asombro vieron descender al galope de sus caballos a cien guerreros musulmanes que

avanzaban en línea de batalla y detuvieron sus corceles sudorosos a pocos metros de los cristianos. Al ver esto, Sharckán se adelantó, exclamando con arrogancia: "¿Qué pretendéis al entrar de esta forma en nuestro territorio?" Y el jefe de los musulmanes respondió con voz firme. Queremos llevarnos vuestras cabezas colgadas en las sillas de nuestros caballos, y como somos cien contra cien, espero que no huiréis ante nosotros."

Al oír tan insolentes palabras, tembló de ira Sharckán, y desenvainando su espada, exclamó con potente grito: "¡Sus! ¡Y a esos perros judíos!" "¡Sus! ¡Y a esos perros cristianos!"—le respondieron—. Y cual las aguas tumultuosas de dos torrentes que se juntan embravecidos, así chocaron con idéntica furia los cien guerreros judíos y los cien caballeros cristianos. Y las lanzas encontráronse con las lanzas, y los aceros con los aceros, y las espadas con las espadas y los caballos con los caballos, devolviendo el eco de las montañas el fragor y el estrépito de la pelea. Y sólo la noche fué bastante a calmar el ímpetu de los combatientes, sin que se hubiera decidido por ningún bando la victoria. Sharckán contó a sus hombres y vió que no había entre ellos ningún herido grave, y entonces dijo: "En mi vida he visto unos guerreros tan valerosos como los que hoy nos han combatido, pero mañana los desafiaremos uno a uno". Y cuando salió el sol, los doscientos jinetes estaban formados frente a frente. Y de las filas de los infieles salió un guerrero, que desafió a los cristianos, y uno de éstos salió y el cristiano fué vencido, y así hasta catorce, que cayeron prisioneros. Este resultado impresionó mucho a Sharckán, que reunió a sus hombres y les dijo: "¿No es realmente extraordinario lo que está pasando? Catorce de los nuestros han caído ya cautivos, y en vista de ello voy a salir yo mismo a provocar al jefe de esos musulmanes."

Dijo, y montando sobre "Ratul", avanzó gallardo al centro de la hiza. Pero como si los contrarios comprendieran, de las filas de éstos destacóse también el capitán de ellos. Montaba un caballo alazán y todo él estaba cubierto de armas y de hierro, de sedas y de oro.

Pero ya Sharckán, con el corazón lleno de rabia, había lanzado su corcel contra el renegado. Y chocaron uno contra otro con un empuje heroico, resonando los golpes. Y se habría creído ver el choque de dos montañas o la mezcla ruidosa de dos mares. Y no cesaron de combatir hasta que fué completamente de noche.

Y al día siguiente se reanudó la lu-

cha del mismo modo y con igual resultado nulo. Y al tercer día, el caballo del joven musulmán se encabrió bruscamente y cayó, arrastrando a su jinete en la caída. Y Sharckán, saltando de su caballo, precipitose sobre su adversario con la espada levantada, dispuesto a atravesarlo. Y el caído exclamó: "¿Es así como proceden los héroes? ¿Manda la galantería tratar así a las mujeres?" Al oír estas palabras, Sharckán miró al guerrero detenidamente y con gran asombro reconoció a la reina Abriza, pues no otra era el combatiente.

Y Sharckán, arrojando su espada, se prosternó ante ella y le dijo: "Pero, ¿por qué has obrado así? ¡Oh, reina!" Y ella replicó: "He querido ver cuál era tu valor. Pues sabe que mis guerreros que han combatido con los tuyos son todos mujeres y doncellas mías". Y Sharckán, en el límite de la dicha, dijo: "¡Llor a Dios, que nos ha reunido para siempre!" Y la reina Abriza devolvió en seguida los catorce guerreros prisioneros, que se arrodillaron ante ella.

Después levantaron los campos, y los doscientos jinetes emprendieron juntos el camino y a los seis días vieron reducir a lo lejos las cruces gloriosas de los templos de la Ciudad Santa.

Y el rey Omar, juntamente con Dhulmackán, que ya tenía seis años, y todo el ejército y el pueblo entero, les tributó un imponente homenaje de simpatía, celebrando en su honor fiestas brillantísimas que duraron un mes.

FIN DEL CUARTO CAPITULO

En el próximo número publicaremos la continuación de estas aventuras con el capítulo titulado

La espantosa venganza del rey

Afridonio

donde se relata la forma en que fué muerta la reina Abriza y el rey Omar, con otros interesantísimos detalles. ¡No dejéis de comprar el número próximo!

CHISTE



—Si yo pescase algunos peces en este estanque, ¿sería un delito?

—Quíá; no, señor; sería un milagro.



Queri 2 A qui to to:
toy muy A-onto
vosot pu: oeo
que sois Xti vo p
gan DI TATA D NOTA
vista. So DA LA sema NA
Aumento NOTA da
en la ridad D 1000
He que au-
FEBRERO-s el D VO
NOTA NI tración dar
a Pción D su
cripcio NE: to va muy
bien. AD lan T. no os
6!. Os abraza
ou: t A NOTA go.

Solución de la carta anterior

Queridos amiguitos: Siguen las cartas de felicitación y el progreso en la tirada de JEROMIN. Creo que voy a agotar a la Papelera. Vosotros no os canséis de propagar entre vuestros amigos a JEROMIN y yo no me cansaré de introducir en él importantes mejoras. La gente que entiende de revista está admirada de que podamos hacer por diez céntimos lo que estamos haciendo. ¡Y lo que haremos con la ayuda de Dios y vuestro entusiasmo!

JEROMIN

JEROMIN

Revista ilustrada semanal para niños

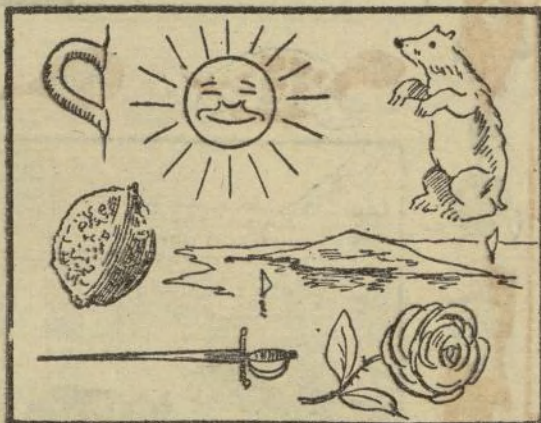
Paquete de 10 ejemplares en adelante: 7 céntimos ejemplar

SUSCRIPCION: 5 PTAS. AÑO PAGO ANTICIPADO

Toda la correspondencia al Apartado 466. — MADRID



La posición de JEROMIN con la bandera, indica el número 2.
Con las iniciales de las cosas dibujo-



das, formar el nombre de un pueblo de Santander. (La solución del anterior es Aranjuez.)



Sombras chinescas.—Un hombre con sombrero.

LA RAZON, AUNQUE SEVERA, ES AMIGA VERDADERA

Niños heroicos

Perseguidos por "pieles rojas"



Luisín y Antoñita eran hijos de unos honrados colonos, que vivían en la pradería dedicados a la caza de bisontes y preparación de pieles, atentos solamente a procurarse un bienestar que les proporcionase una vejez tranquila. Habían salido una tarde de paseo y se alejaron más de lo que aconsejaba la prudencia. Ya volvían a su casa, temerosos de

que la noche les cogiera en pleno campo, cuando al trasponer un altozano, descubrieron a dos indios que, al parecer, trataban cosas de interés, pues adoptaban muchas precauciones, a pesar de estar solos. Sin hacer el menor ruido se dispusieron a escuchar, pues conocían a la perfección el idioma de los nativos y, de las frases que a ellos llegaban,

pudieron deducir que trataban de cometer un robo, amparados por la noche en un "rancho" de las cercanías. Bien vió Luisín que él no podía evitar tal desmán; pues el tal "rancho" estaba bastante lejos y él no disponía de más medios de locomoción que sus jóvenes, aunque fuertes, piernas, mientras los indios tenían dos hermosos potros que pas-



taban en las cercanías. Viendo su impotencia, surgió en su mente una audaz idea y, comunicándosela a Antoñita, ambos hermanos decidieron ponerla en práctica. Los indios seguían hablando, ajenos a la coartada, mientras los dos hermanos se apoderaban de un caballo, pues el otro se asustó ante la rápida aparición de los niños, y partieron a todo galope en dirección del rancho, objeto

de las miras de los pieles-rojas. Grande fué el estupor de los indios al ver a los dos pequeños, y se lanzaron inmediatamente en su persecución, sobre otros caballos que tenían de repuesto. Por momentos, los perseguidores ganaban terreno, pues más hábiles en el manejo de la cabalgadura y buenos conocedores del terreno les era empresa sumamente fácil alcanzar a los pequeños. Luisín se daba

cuenta de esto, y viendo que su caballo ya daba muestras de cansancio, decidió aliviarse de su peso y así Antoñita escaparía fácilmente a la persecución de los indios; la suerte le favorecía en sus designios, porque al volver un recodo, un corpulento árbol extendía una rama sobre el camino. Luisín se puso de rodillas sobre las ancas de su montura y alzando los brazos se aferró con todas



sus fuerzas a la rama, ocultándose inmediatamente entre el follaje, mientras Antoñita huía velozmente y comenzaba a ganar terreno a sus perseguidores. Luisín vió desde su improvisado escondite cómo los indios pasaban debajo, ajenos a su artimaña. Mientras tanto Antoñita, temerosa de ser alcanzada y de la suerte que pudiera correr Luisín, des-

viaba su camino y se dirigía presurosa a un puesto de Policía, no lejos de allí. Los pieles-rojas, que tampoco ignoraban la existencia de este puesto, al ver que se hallaban en sus proximidades, optaron por volver grupas, pues no querían trato con gente de justicia. Entretanto llegaba al puesto Antoñita, y acompañada de dos soldados, desandaba el cami-

no hasta el árbol en que se quedó Luisín, el cual descendió lleno de alegría al ver que estaban salvados. Los soldados lleváronles a su "rancho", y ellos fueron al puesto para salir por la noche de nuevo y evitar con su presencia que los indios llevasen a cabo la tropelia proyectada.

(Continuará.)

CREYO UNA BUENA COSECHA... DE RABANOS, Y ERAN FLECHAS



NUNCA TRATES CON DESPRECIO NI AUN AL QUE TENGAS POR NECIO



Bibliotecas y archivos

España ha sido también una de las naciones que más ha contribuido a la organización de bibliotecas públicas; los árabes españoles tenían más de 70, y la de Córdoba atesoraba más de seiscientos mil volúmenes, cantidad verdaderamente asombrosa en aquellos tiempos en que los libros se escribían a mano. Hoy se quiere hacer pasar como una novedad las bibliotecas circulantes; pues bien, en tiempos de Alfonso el Sabio se prestaban ya libros de las bibliotecas a los estudiantes. Respecto a la organización de archivos, España es la maestra de todas las naciones de Europa. Así lo reconoció don Eugenio Casanova, jefe de los archivos italianos, el que en uno de sus libros dice, hablando de España: "Nación que ha sido la primera del mundo en organizar y guardar papeles."

¡Qué digna de admiración y de amor es nuestra patria! ¡Qué orgullo el ser español!



Una torre elevada y altanera a otra humilde, y en parte destruida insultaba cruel de esta manera:

—Vecina, por mi vida, has hecho brava suerte, pues no bien construida ya te amenazan síntomas de muerte. Mas ¿qué ha de suceder a quien no [cuenta una fortuna, como yo, opulenta? Que yo, de noble clase, que yo, asentada sobre firme base, yo, sólida y hermosa, al tiempo desafié... ¡es otra cosa! ¡Pero tú!... ¡ja! ¡ja! ¡ja! pobre hija mía! Tu suerte aciaga el corazón me parte, mas ya que no me es dado consolarte, permíteme, a lo menos, que me ría. Y en pos soltó, sin compasión ni duelo, tal carcajada que se oyó en el cielo. La otra, a quien nadie en su aflicción [socorre, apenas responder pudo a la torre: —Celebra, pues te halaga la fortuna, sin lágrimas ni penas, las desgracias ajenas, y la mía, que es negra cual ninguna; mas ten por entendido que torres muy soberbias han caído. Dijo la pobre, y encogióse de hombros, cuando estallando un hucarán violento, a anegó a su enemiga del cieniento y su grandeza convirtió en escombros. Tú, que vives feliz, rico y contento, no atormentes a nadie en su caída que hay muchos huracanes en la vida.

Ventura RUIZ AGUILERA

Propagad a JEROMIN, dándole a conocer a vuestros amigos

COLABORACION INFANTIL

Y VASCONGADAS



UN CASERIO POR ALBERTO VILLARDO



Pedro Bilbao Bernes (Vizcaya) 8 años



JEROMIN TERESA Y CHURRI FOR CASPAREL GUINER 6 años BILBAO DEUTIO



Santiago Camoyegana Bilbao Berrio-Olho



LUZ una casita con pajaro pero y nina por Mari Luz Saenz de Tejada PARIS 5 años

Cantares

De nuestra España gloriosa en JEROMIN he leído muchas cosas que las gentes las tenían en olvido.

Por eso hemos de quererle y tenerle gran cariño nos enseña amar la Patria y nos divierte a los niños.

Julio Gozalo Santa Maria de Nieva

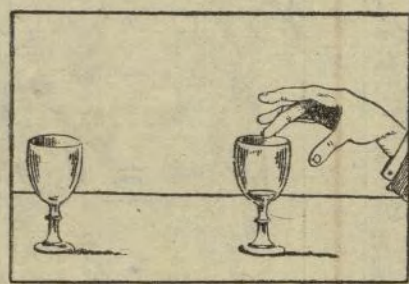
CHISTE.—¿Cuándo murió tu mujer? —Pues al quedarme viudo.

Agustín Hurtado Ciudad Rodrigo

COLMO.—¿Cuál es el colmo de un presidario? —Estar encarcelado y tener "La Libertad" en el bolsillo.

Evelio Martínez La Roda

Recreos científicos



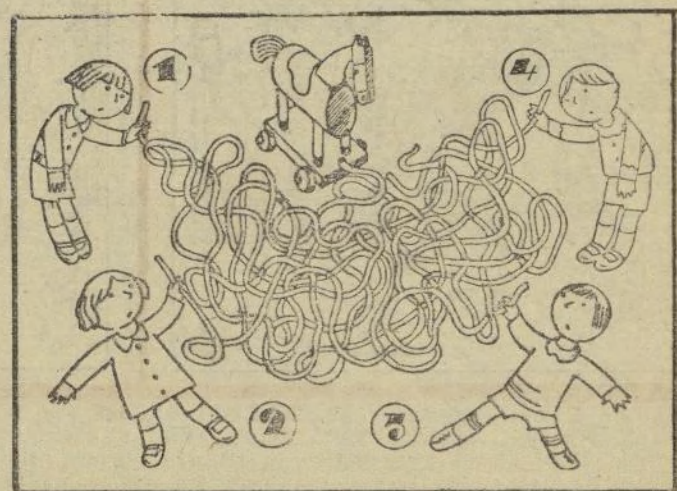
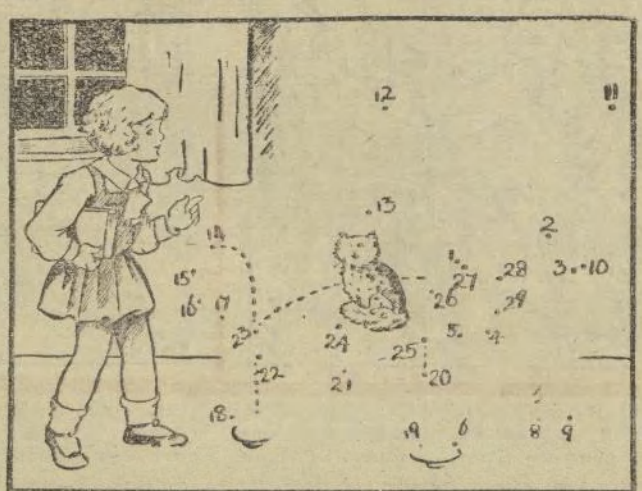
Resonancias de la copa de cristal

Para hacer los experimentos que vamos a indicar, conviene valerse de copas de cristal en forma de cáliz, muy finas y con los bordes esmerilados. Esta clase de copas, frotadas por los

bordes con el dedo humedecido de vinagre, limón u otro líquido ácido, se ponen en vibración, emitiendo delicados sonidos. Es difícil encontrar dos copas que den la misma nota; pero puede lograrse echando en una de ellas más o menos agua, hasta ponerlas al unísono. Logrado esto, puede hacerse el siguiente y curioso experimento. Colocadas las copas sobre una mesa, distantes entre sí un metro, podréis observar que frotando con el dedo, mojado con líquido ácido, el borde de una, haciéndola vibrar la otra copa vibra también, emitiendo las dos iguales sonidos. Os convenceréis de ello, apagando las vibraciones de la copa que rozastéis, pues seguiréis oyendo el sonido que produce las vibraciones de la otra copa.

En el próximo número, explicaremos el sorprendente efecto que puede lograrse con tales vibraciones.

ROME-CABEZAS



1.º Unid los puntos del 1 al 29 y veréis el dibujo completo.—2.º A ver si sabéis cuál de estos cuatro niños es el dueño del caballo.

JEROMIN DELEITA, INSTRUYE Y EDUCA. LEEDLE SIEMPRE

LA RUTA DE TONY

EMOCIONANTES AVENTURAS EN
EL PAIS DE LOS PIELES ROJAS



—Atalayas Sioux—murmuró con espanto Tony al oído de Flor de Sol. —Me han visto, y es preciso que te vuelvas al campamento y avises a tu padre de que los Sioux están muy cerca, y en tanto yo procuraré que los capturen. —¡Pero el capturado serás tú!—dijo alarmada Flor de Sol. —Es

preferible que sea cogido uno y no ambos. Tienes, pues, que obrar como yo te digo—replicó Tony. Entonces la niña se escondió tras un sotillo, y Tony, saliendo a campo abierto para ser visto por los Sioux, corrió en dirección opuesta. Viendo que los Sioux le habían divisado, Tony se apresuró a ale-

jarse del matorral en que Flor de Sol estaba oculta, y así darle facilidades de escapar. Por mucho que Tony se alejaba, los indios le iban ganando terreno. Desde su escondrijo Flor de Sol le miraba con el espanto pintado en sus ojos perspicaces. —Mi hermano Rostro Pálido corre como un gamo, pero



los Sioux son como el viento. ¡Ay! No podrá escapar—dijo con tristeza. Cada vez más cerca oía Tony el pateo de los que iban tras él. Desesperadamente redobló la carrera; pero fué en vano; pues sintió que le sujetaban sus brazos y que era casi derribado en tierra y obligado a detenerse. Al mis-

mo tiempo Flor de Sol había llegado con premura al campamento indio. Sin descansar se dirigió a donde estaba su padre, y le dijo palpitante y llorando: —Padre mío, Ala Blanca ha sido cogido por los Sioux. Se ha dejado coger para que Flor de Sol pudiera escapar. Desde el wigwam, que es-

taba detrás del jefe indio, Pie Rápido, el Sioux prisionero, oyó las emocionantes noticias y una extraña luz brilló en sus ojos agudos. Con prisa, desalentada, condujo Flor de Sol a su padre a la cima de la pendiente escarpada, que bajaba al río; nerviosa apuntó a lo largo del valle y gritó: —El



Sioux ha cogido a Ala Blanca; mi hermano Rostro Pálido se dejó coger para que yo pudiera huir. Pero el corazón de Flor está triste y no podrá tener quietud, mientras Ala Blanca no sea rescatado, padre mío. En tanto hablaba Flor de Sol, acaeció que sus ojos se deslizaban hacia la tienda en que esta-

ba preso Pie Rápido, el Sioux, y de pronto brilló en ellos una luz de esperanza. —Ven, padre mío—dijo ella, acercándose al wigwam, cuya puerta ladeó. Al entrar en la tienda, Flor de Sol y su padre, el Sioux se levantó. —El hermano Rostro Pálido de Flor de Sol ha sido cogido por vuestra tri-

bu, Pie Rápido—dijo la niña—. El salvó tu vida y ahora la suya está en peligro. ¿Si tú estuvieras libre hablarías con lengua piadosa por mi hermano Rostro Pálido? Tan pronto como Pie Rápido empuñó su palabra, Aguila Roja desató sus brazos. Fuera del wigwam un soldado tenía las riendas del



poney de Pie Rápido; ágilmente el Sioux montó en él y partió a galope, diciendo: —Pie Rápido está agradecido a Flor de Sol y a su hermano Rostro Pálido; él libertará a Ala Blanca o volverá otra vez al campamento de Aguila Roja. Mientras ocurría esto, Tony era interrogado por Oso Negro, jefe de los Sioux. —El Rostro Pálido lleva un amuleto,

que era de Pie Rápido—dijo el jefe, fijando sus ojos severos en Tony. —Este medallón era de mi madre—dijo firmemente Tony—. Fue Pie Rápido quien me lo dió. Una rencorosa mirada flameó en los ojos del jefe Sioux, y dijo, apretando con fuerza el hombro de Tony: —Mira, niño Rostro Pálido, es necesario que conduzcas a Oso Negro al

campamento de Aguila Roja, cuando caigan las sombras de la noche, si no morirás. Las mejillas de Tony palidieron de terror, pero audazmente miró a los ojos del jefe, y dijo con orgullo: —Ala Blanca no es un traidor. ¿Qué ocurriría al fin? En el próximo número lo veréis.